

virtudes amables? Y si por fuerza hemos de pensar así de quienes sobresalen, de los reconocidos maestros e inspiradores. ¿qué habremos de pensar de quienes sólo saben escuchar? El público lector—¡oh, el público lector! Ningún calculador ejercitado se atreverá a aseverar que haya más de uno en veinte, entre quienes leen libros de veras superiores, que en realidad comprendan a su autor. A estas lindas series de encantadoras obras maestras, que parecen tener tan amplia aceptación, ¿creéis que verdaderamente las aprecien todos los que las compran? Recordad a quienes adquieren esos libros por seguir la moda, por presumir entre sus amistades, y aún para satisfacer su propio engreimiento; pensad en quienes desean salir fácilmente del paso haciendo un obsequio barato, y en quienes se decidieron a comprar un libro por sólo su bonita pasta. Sobre todo, recordad la muchedumbre cuyo entusiasmo no obedece a pauta alguna de saber ni de convicción—las huestes de los educados a medias, que son, a un tiempo, característica y peligro de nuestra época. Compran, es verdad; compran voluminosamente. ¡No permita mi Dios que niegue haber en sus filas unos cuantos cuya inclinación mental o cuya conciencia bien puesta no justifique su fervor por los libros! ¡Para ellos—diez en diez mil—vaya todo mi aliento y mi consuelo fraternal! Pero los pedantes incontables, los piripintados que equivocan los títulos de los libros y pronuncian mal los nombres de los autores, los declamadores de versos, asesinos del ritmo, los que piden rebaja en las librerías honradas y se deciden por el volumen más barato,—¿queréis que en estos vea esperanza para el siglo venidero?

Se me dice que su semi-educación se integrará. Estamos en un período de transición entre el mal tiempo de ayer, cuando los privilegios académicos eran de los pocos, y ese venturoso porvenir en el que todos los hombres tendrán una liberal educación. Desgraciadamente para este argumento, la educación es cosa de la que pocos son capaces; enseñad como querráis, sólo un pequeño promedio se aprovechará de vuestra energía y entusiasmo. En un suelo poco generoso es vano esperar buena cosecha. El mortal mediocre lo seguirá siendo siempre: y si llega a tener conciencia de su fuerza, si halla voz con qué hablar y con qué

Saludo a América

=Envío de don Alejandro Alvarado Quirós.=

*Para los españoles, nuestra España
no tiene los estrechos y gloriosos
confines con que el mar ciñe a la Iberia...*

*Allende el Océano
volvemos a encontrar, nuestros hermanos,
nuestro solar maravilloso, en esta tierra,
bajo el divino cielo americano...*

*Para nosotros, sois. ¡Nosotros!
Hijos de nuestros padres
tenéis en vuestras venas,
la sangre generosa de León y de Castilla...*

*Latis con su Ideal,
habláis en nuestro idioma;
esa lengua viril y musical
que es cadena y guirnalda que nos ata,
—dulce miel de panal—
cuando desgrana la sonata
de vuestro amor filial!*

*España os ama con el amor más puro.
¡Como la madre al hijo de su seno!
Su pecho victorioso, late lleno
de esperanza, cuajada en un futuro
común, tan vuestro, jóvenes y pujantes,
como suyo...*

*Os mira con orgullo
como noble matrona que contempla su próle.
Porque España, rugido de león
en cuello de paloma,
al conquistar con sus caudillos
el nuevo Continente,
abrió su mano maternal, ampliamente,
para esparcir al viento su semilla:
—la sangre de Castilla.—*

*¡Sembrando las rosas del viejo suelo hispano
en el incomparable jardín americano!*

*¡España!
A los pueblos, carne de tus entrañas,
los ataste con el vínculo eterno
del idioma sonoro
como con lazos de oro...*

Les diste tu hermosa tradición...

*Son gallardos, valientes,
abnegados y fuertes.*

*¡España, madre España,
son como tú, inmortales!*

¡Tienen tu Corazón!

Consuelo Trigo de Azuola

San José, Enero 1931.

afirmar su voluntad, si se adueña de los recursos materiales del país.—entonces tendréis un estado de cosas que asume proporciones de amenaza a juicio de cuantos tenemos la fortuna—o la desgracia—de carecer de un espíritu popularo.»

Persiles

Heredia, enero, 1931.

La vida de Vivekananda...

(Viene de la página 108)

pasmo intelectual—en Oriente, y especialmente en la India, la característica popular era el sueño; un sueño tan pesado como el que sintió el mundo occidental durante los seis siglos medioevales, con toda su cohorte de grimorios y magias de pesadilla. En India se ha repetido exactamente el fenómeno medioeval de Europa y por razones semejantes a las que concurren en la producción de aquél. El brahmanismo, que en edades lejanas fuera el resultado de una gesta heroica del pensamiento y del

arte y el centro magnánimo de donde emanaron todas las grandes doctrinas trascendentales, había absorbido exclusivamente en su provecho el agua de las sagradas fuentes religiosas, la letra de los Vedas y los Upanishads. La constitución de las castas trajo como consecuencia la decadencia de la gran nación india, el odio fanático y el ritualismo helado en la vida privada y pública, de suerte que la desvinculación de las diversas clases entre sí, la carencia de contacto diario, aisló a cada casta y fa-

milia dentro de exiguos radios de expresión vital, hasta mutilar casi enteramente el sentido social, la colaboración colectiva y la aspiración al progreso.

Así como en nuestra Edad Media los conventos se guardaron todo el tesoro espiritual legado por la antigüedad, tanto griego como alejandrino, los brahmanes se reservaron los textos sagrados cuyo contenido y sana interpretación hubiera traído insospechables beneficios a la cultura humana. Cualquiera que haya leído atentamente estas doctrinas de los Vedas y de los Upanishads, las más antiguas de la historia, habrá visto cómo, bajo el velo de alegorías primitivas y hasta ingenuas subyace la visión más honda y admirable de la Unidad a que ha llegado el pensamiento del hombre. Hay un elemento en ellas que supone estados de visión no adquiridos aun por la humanidad; relampaguea en los himnos y en los mantras una luz desconocida, enteramente supranormal, a cuyo lado las filosofías de Occidente son juegos de niños y parlerías escolares.

El resultado de ese egoísmo de casta determinó la degradación de los brahmanes. Lo que hace excelente una doctrina no es solamente su capacidad teórica sino su más general y práctico empleo; la palabra salvadora, para ser fecunda, debe circular constante y generosamente como la sangre en el cuerpo, llevando los elementos de la renovación y de la vida a las últimas capas de la sociedad. Sin estos requisitos, la mejor doctrina pasa a poseer un primor del ocio a lo sumo.

Dividida por el odio interior, por los orgullos de casta y por el excesivo ritualismo de sus leyes, India vio prontamente desaparecer el formidable vigor de sus antiguos tiempos y apagarse la llama de su cultura. Es cierto que quedaron brasas en el rescoldo, pero a una profundidad tal que sólo el soplo de una alma gigantesca, realmente divina, pudo reavivar en nuestro tiempo. El resultado de sus divisiones interiores fue la Conquista musulmana primero, inglesa más tarde. Y ambas, hemos de reconocerlo, han servido, como el cínife del pantano, para despertar al durmiente.

Y el durmiente ha despertado. Aun sin penetrar punto por punto en el complejo proceso de esta nueva aurora, es necesario dar una esbozo del movimiento social de la India, fincado todo él en la reconstrucción del Pasado religioso pero de acuerdo con las urgencias del siglo, con los métodos racionales del conocimiento que preconizara el genio occidental y con tendencia manifiesta a unificar las diversas clases de la India en una sola expresión vital, práctica y espiritualmente hablando. Mas antes es necesario responder a la pregunta: ¿tiene para nosotros importancia ese despertar? ¿O debe, en último término, considerarse como fenómeno aislado, semejante al de Rusia, por ejemplo?

Ya hemos insinuado que, para Occidente, el gran problema sin solución todavía es el religioso, puesto que el intelecto no ha sido capaz de referirse, con autoridad, a las supremas relaciones del hombre con lo Absoluto; mas, para que